

Contenido

Presentación 7

Introducción al número monográfico 9

Artículos

Estado y poder: una visión de América Latina en el siglo XX
SERVANDO A. ÁLVAREZ 23

La yuxtaposición de sistemas en América Latina y sus consecuencias
HÉCTOR OMAR NOEJOVICH 51

Interrogantes sobre genealogía y dinámicas de la ciudadanía
DANIELE POMPEJANO 89

La pervivencia de las estructuras de poder del pasado y los retos para el perfeccionamiento del Estado de derecho en América Latina a comienzos del siglo XXI
PEDRO PÉREZ HERRERO 137

El papel de las ideas y las políticas en el cambio estructural en México (1982–2005): un balance preliminar
ROLANDO CORDERA CAMPOS Y LEONARDO LOMELÍ VANEGAS 195

Derechos de propiedad y sistema normativo en la Argentina del siglo XIX
BLANCA ZEBERIO 233

Reseñas

Schuldt Lange, Jürgen. *¿Somos pobres porque somos ricos?: recursos naturales, tecnología y globalización*
JAN-DAVID GELLES CANER 271

Parodi Trece, Carlos. <i>Globalización: ¿de qué y para qué? Lecciones de la Historia</i> CARLOS CONTRERAS	277
Milanovic, Branco. <i>La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global</i> JAVIER M. IGUÍÑIZ ECHEVERRÍA	281
Galarza Contreras, Elsa. <i>La economía de los recursos naturales</i> JUAN CARLOS SOTO	288

PARODI TRECE, Carlos. *Globalización: ¿de qué y para qué? Lecciones de la Historia*. Lima: Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico. 2005, 251 pp.

Aunque en la Introducción no se precisa la naturaleza de este libro, o las circunstancias y los objetivos con que fue diseñado y compuesto, más que un ensayo de nuevas ideas sobre el tema, parece funcionar como un libro de apoyo a la enseñanza superior y de difusión de los planteamientos más recientes hechos en el mundo sobre el tema de cuán beneficiosa es la globalización de la economía mundial y cuál puede ser eventualmente su futuro.

El punto en que más fuertemente insiste Carlos Parodi, profesor de Economía en la Universidad del Pacífico, es que la globalización que el mundo vive hoy, no solo en el terreno económico, pero especialmente en él, tiene ya un pasado. Aunque no es posible fechar el inicio de la globalización, por tratarse, como dice el autor, de un proceso complejo, él resalta el período de *la belle époque*: 1870–1914 (también podríamos llamarle, el del *imperialismo*) como el antecedente más digno de confrontación. Así, los tres capítulos centrales de este libro consisten en una comparación de aquella globalización de un siglo atrás, con la actual, que según Parodi, podría datarse desde poco después de la Segunda Guerra Mundial. Aquí cabría hacer un paréntesis, diciendo que otros autores (como Eric Hobsbawm, por ejemplo) refieren la globalización actual a un período más restringido, que iniciaría propiamente con el final de la Guerra Fría y el derrumbe del mundo bipolar, hacia 1990. El problema con la periodización de Parodi es que las dos guerras mundiales y la crisis mundial de 1929, que pusieron fin a lo que habría sido, pues, *la primera globalización*, parecerían solamente un bache en medio de un proceso globalizador continuo de la economía capitalista, que habría arrancado con la misma revolución industrial.

Para el autor, la historia económica mundial desde 1870 tendría, puesta en un gráfico, la forma de una letra U: hacia las vísperas de la Gran Guerra de 1914, se había alcanzado niveles muy altos de inversión extranjera, comercio de bienes y flujos de capitales y de personas; luego sobrevinieron décadas oscuras en las que dichos niveles se perdieron; hasta que en la segunda mitad del siglo XX, nuevamente el comercio y los demás indicadores mostraron señales de vigoroso crecimiento. Lo que el mundo logró hacia el final del siglo XX, no fue, sino, recuperar los niveles de integración económica alcanzados por la generación de nuestros abuelos.

De la confrontación entre la globalización de *la belle époque* con la actual, Parodi extrae algunas conclusiones, que serían «las lecciones de la historia» a las que alude el subtítulo del libro. Entre estas figuran, por ejemplo, que la apertura al comercio no fue la condición necesaria para el crecimiento económico de las naciones; por el contrario, países como los europeos y los Estados Unidos, solo abrieron sus economías al comercio, «[...] luego de haber desarrollado una base industrial que les permitiera competir en igualdad de condiciones» (p. 96), manteniéndose hasta entonces dentro de un esquema proteccionista. Asimismo, que «La intervención estatal fue crucial para la industrialización» (p. 96), en cualquiera de las dos globalizaciones. No se trata tanto de qué política económica adoptes, sino de cómo esta sabe captar los desafíos internos para el desarrollo económico, podría ser la conclusión a la que el autor llega tras su repaso por la historia económica mundial desde 1870 en adelante. «Las condiciones iniciales sí importan [...]», anota, lo que constituye un llamado a la consideración de los factores históricos de las sociedades, antes de diseñar las políticas económicas que les podrían ser adecuadas. Otra más: aunque la globalización sea finalmente beneficiosa para el crecimiento económico y la paz mundial, su ritmo y modos de avance pueden ser decisivos, no solo para hacerla llevadera, sino para conseguir sus frutos ulteriores. Parodi parece así ubicarse dentro de lo que él mismo llama los *globalizadores cautos*.

En el tema de la globalización y sus implicaciones sobre la pobreza, es donde los resultados del libro son menos alentadores. Nada claro emerge acerca de qué nos deparará la globalización en materia de pobres. El autor encara, quizá con exceso para un libro cuyo tema

no era precisamente este, la complicada y hasta cierto punto vana cuestión de la medición de quién es el pobre entre nosotros. Si ya es difícil decirlo para un momento definido, como el presente, hacerlo para un arco temporal de más de un siglo, y ver cómo el fenómeno va cambiando, resulta un terreno minado y para el que se requeriría instrumentos de análisis más refinados, fruto de una colaboración multidisciplinaria.

Dos puntos cuestionables en el argumento del autor son, a mi juicio, cuando en la comparación entre el mundo de *la belle époque* y el de hoy, señala como diferencias importantes: que antes hubo libre movilidad de trabajadores, y ahora no; y que entre los países que se preparaban para vivir la primera globalización, no había mayores diferencias; todos eran campesinos y pobres; mientras que ahora las diferencias sí serían como las de Burundi a Suiza.

Cuanto a lo primero, claro que había restricciones a la movilidad de hombres antes de la Primera Guerra Mundial. ¿Acaso cualquiera podía irse a vivir a cualquier parte? Como los viajes eran costosos (un viaje en barco, como se hacía por entonces, significaba el ingreso de varios años de un jornalero rural, y no el de solo algunos meses, como cuesta hoy un viaje por avión), pocos podían pagarlo y eran, así, las empresas que organizaban las emigraciones y los gobiernos que las contrataban quienes elegían a quién embarcaban. Había que ser hombre blanco, de edad entre diez y cincuenta años, sano (la tuberculosis eliminaba a buena parte de los postulantes), apto y calificado en un oficio, entre otras exigencias demandadas, por ejemplo, por el gobierno peruano en la ley de inmigración de 1893. Claro que en el mundo de hoy hay restricciones que frenan el ingreso de los hombres del Tercer Mundo al primero, pero son al fin burladas por los migrantes, como puede comprobarlo cualquiera que pise hoy Europa y los Estados Unidos.

Cuanto a lo segundo, creer que antes del capitalismo las sociedades y los países eran más o menos semejantes, es caer en la falacia de esos gráficos en los que por usar una escala aritmética simple. Dejan la impresión de que los cambios importantes ocurrieron en las épocas recientes y que en las antiguas las cosas eran más planas. Es una deformación que produce el punto de vista del observador.

¡Claro que había una gran diferencia entre lo que eran, por ejemplo, Alemania y Bolivia en 1870! O Estados Unidos y Angola en la época de la guerra civil en el primero. Incluso si ignoramos todas las diferencias geográficas. Como el mismo autor señaló en un pasaje, las condiciones iniciales importaban y eran muy diferentes de un país a otro; tanto en las costumbres sociales, como en las instituciones y la propia infraestructura material para la actividad económica y su aprendizaje (caminos, puertos, escuelas).

Más bien, habría que haber resaltado una diferencia en la que el autor no repara: la del colonialismo. En el mundo de *la belle époque* los países en vías de desarrollo (como hoy se les llama) eran colonias con todas sus letras; no todos, pero sí una gran parte. Hoy son en cambio naciones formalmente libres. ¿No tendrá esto algo que ver con una diferencia que el autor, en cambio, sí puntualiza? La de que hoy hay organismos internacionales de supervisión y coordinación que antes no había: FMI, entre otros.

Se trata, por supuesto, de temas para la controversia. En verdad el libro de Carlos Parodi es un texto bien escrito, didáctico, con útiles cuadros que actualizan la información cuantitativa disponible. Las ideas principales son sintetizadas y destacadas con recursos de diagramación que hacen el libro muy funcional para el lector. Por esto mismo, habría sido recomendable traducir las varias citas que aparecen, en la mayor parte de los casos, directamente en inglés.

Ubicado en la línea de la Historia económica a lo Angus Maddison, de grandes enfoques cuantitativos y comparativos, este libro cuestiona ciertos planteamientos simplistas sobre el camino inexorable y bienaventurado que traería consigo la globalización. Nos pone al día con las interpretaciones recientes sobre este proceso que, como la historia nos enseña y nos lo recuerda Parodi, puede tener en cualquier momento un final abrupto y sorpresivo.

Carlos Contreras
Departamento de Economía de la PUCP